

LOS 21

ESTUDIOS SOBRE ARTISTAS, POR AGUSTO G. THOMSON

III

Alfredo Valenzuela Puelma

Radical por ideas, músico por afición, médico por entusiasmo, original por naturaleza; no es, sin embargo, en ninguna de estas distintas faces de su carácter, en la que estudiaré á Valenzuela; él es, antes que todo y sobre todo, el pintor, el más pintor de todos los artistas chilenos.

Como hombre, como excéntrico, puede haber sido todo lo discutido y todo lo mortificado que se quiera, pero jamás se ha puesto en tela de juicio el mérito del artista, sus propios cuadros lo presentan lo defienden, el autor debe permanecer siempre entre bastidores, su obra se impondrá por sí sola al público.

Y para ello no se precisa que ese público sea el nuestro ó sea el de España ó el de Italia, ó el de Francia: talvez fuera del país se haya estimado al maestro en lo que vale. En España y en Francia distinciones honoríficas y aplausos de críticos de la talla de Balart ó de Armand Silvestre; de un italiano basta recordar una anécdota histórica que he oído referir á su mismo héroe.

El célebre trágico Ermette Novelli, como individuo refinadísimo y de una vasta cultura artística, en cada país que recorre, se preocupa principalmente de su desarrollo intelectual, visita los museos, las bibliotecas, los talleres de escultores y pintores, los estudios de literatos y de músicos. En Chile recorría el salón de pinturas, acompañado de una comisión que le servía de cicerone, de pronto se detuvo ante un cuadro y por largos instantes permaneció absorto en su contemplación.

—¡Oh carísimos míos! ¡he aquí el jesto perseguido, he aquí el tipo buscado! pero ¿es un chileno el autor de este cuadro?

Novelli trataba de sorprender, hacía tiempo, una expresión y un carácter para su *Sylock*, y acá en una lejana extremidad de la América, donde sólo pensaría encontrar gentes primitivas, hallaba, en el cuadro de un hijo del país, lo que su descontentadiza imaginación de artista soñaba con afán.

Aquella tela era la *Perla del mercader*, un cuadro duramente fustigado por nuestros críticos; el gran actor pidió que le presentasen al artista, y de entonces data la amistad de Novelli por Valenzuela Puelma; éste le hizo un retrato de teatro, poco antes de su partida de Chile, el mismo que conserva Novelli en su salón de la *Villa Goldoni*.

Valenzuela Puelma ha hecho retratos admirables de vida y carácter; ¿acaso no existe en el Museo el del pintor Mochi? ¿no conocéis los de Enrique del Campo y de Somaraga? Nadie como él ha sabido estampar en la tela el parecido perfecto unido al movimiento más animado; él, como un dios, infunde el soplo vital á los inanimados personajes que surgen del pincel, les comunica el calor y la viveza que vive en su imaginación, y de modelos muertos, sólo preocupados de *pozzar* y de parecer bien, hace artísticos retratos, interesantes cabezas que hablan en la expresión y piensan en los ojos; poderosos retratos muy humanos y muy espirituales, como si latiese en ellos la existencia y palpitase vigorosamente la razón.

Es lástima que no haya dedicado mayores esfuerzos al género de composición en el cual ha creado la *hija de Jairo*, la *lección de geografía*, la *perla del mercader*, la *náyade*, la *Sirena*.—Yo pienso en ese admirable desnudo, la seductora moderna que atrae con las cerezas de sus rojos besos, no ya la sirena de los mares airados y traidores, si la cortesana que se revuelca en las pieles de su alcoba!—No basta, sin embargo, todo eso; quien sabe y domina su arte como Valenzuela, quien sorprende con medios nuevos inesperados, debía haber dado el ejemplo á los pintores jóvenes, que, como él, hoy sólo se dedica

al retrato, descuidando lo que es en el arte pictórico la más alta manifestación del talento, la obra histórica ó simplemente la obra humana, costumbrista, no de nuestras pobres costumbres semi-salvajes, sí de los vicios sociales, de los misterios del hogar, de todos esos dramas silenciosos y profundos que se ocultan tras la cortina de la alcoba ó la mampara acolchada de algún club.

Valenzuela Puelma, liberal avanzado y libre pensador, á impulsos del arte se convierte á veces en un artista místico, compone cantos de iglesia que él mismo ejecuta, en el recogimiento de su taller, y talvez su mejor obra, al menos en la que ha reconcentrado más energía y más deseo de vencer, es un cuadro místico, *El corazón de Jesús*.

Ya lo véis vosotros al Cristo rubio, afeminado, de tipo del norte, con ojos azules, de un intenso azul sin vida, muerto como los cielos de la Suecia, con el rojo corazón en la mano y rodeado de un nimbo macizo - ¡oh nó, mi Dios! os postrarías de rodillas ante este maravilloso Cristo y besarías la llaga de sus manos y suplicarías la piedad de su perdón, humildemente arrojados en tierra con la vista baja sin alzar las pupilas hacia ese rostro severo, inexorable; no, ese no es el Jesús de la mansedumbre y del perdón, sí el de las cóleras y de las venganzas; sus profundos ojos negros se fijan en vosotros con la insistencia del magnetizador, y, perdida en la penumbra la divina figura, sólo brilla en el resplandor del corazón, un fuego celestial que se escapa del pecho del mártir y que con sus destellos aviva el rostro en una gloria de luz. El tipo nazareno, la mano blanca, aquél simbólico y radioso corazón transparente que destaca de la sombra á la cabeza... y, sobre todo, sobre la espiritualidad de la figura y sobre el oro de los rayos y la acerba protesta de la mano, sobre todo eso, el negro fuego de las pupilas, noches de amenaza y de divinidad y de pasión... os sentís enloquecer ante esos ojos que os miran siempre fijos, eternamente, irresistiblemente magnéticos.

Ese cuadro no debe exhibirse en Chile, aquí todos somos pequeños y todo lo vemos á través de nuestra microscópica visual, como todos, ese cuadro sería despedazado por la crítica: á la crítica sana, elevada, razonadora, á esa no hay que temerle, esa dá á cada cosa su justo valor; pero, la crítica necia y fatua y parcial, esa que sin comprender nada lo despedaza todo, esa es la terrible, la que hace enmudecer al talento con el monstruoso peso de su ignorancia.

La atrevida idea de Valenzuela Puelma, sería más tarde aprovechada por cualquier pintorzuelo de moda que atenuándola, suavizándola, envolviéndola en almíbares, la ofrecería como suya á ese dominante público de vulgaridades, cuyo paladar pide manjares succulentos sin exigir manjares delicados.

Valenzuela debe marcharse á Europa: él, como todo artista verdadero, necesita variar de aires, respirar otra atmósfera menos envenenada que la de aquí donde se atrofiarán sus nobles cualidades: su fracaso en el último salón es sólo un síntoma; tanto se le repite que está loco, que al fin acabará por enloquecer.

Nuestro ambiente contiene demasiado carbono y es fatal para los espíritus refinados y sensibles, para las almas elevadas, que se marchitan en la sombra como las flores faltas de luz y de calor.

¡Luz de la fe! ¡Sagrado calor del entusiasmo!

AUGUSTO G. THOMSON

Abril 16 de 1901